

mea entera al principio de la lucha, cuando la península entera se hallaba defendida solamente por los treinta ó cuarenta mil hombres del príncipe de Menschikoff, y cuando la posesion de aquella plaza podia proporcionar á los invasores un arsenal invencible é inagotable, como base de sus operaciones futuras, pero las circunstancias del mes de setiembre de 1855 diferian enteramente de las que presentara el teatro de la guerra en el mes de agosto de 1854, y era imposible y aun absurdo fundar en el incendio de Sebastopol una campaña victoriosa por el interior de Crimea. Cuando la batalla de Inkerman, en vez de producir el fruto que suele esperarse de una victoria, introdujo en el ánimo de los generales aliados un desaliento profundo que les sugirió la idea de abandonar la expedicion de Crimea y trasladar otra vez el ejército á bordo de las escuadras para llevar el teatro de la guerra á otro punto menos accesible á las dificultades del terreno y del clima, el general Canrobert insistió en el proyecto de formalizar el sitio de Sebastopol, aunque renunciando por entonces á cualquier asalto, con el solo objeto de sostener el honor de sus armas, que sin duda hubiera quebrantado muy mucho una retirada tan repentina, mayormente despues de una victoria; posteriormente cuando la derrota de las tropas anglo-francesas en la jornada de 18 de junio indujo de nuevo á desesperar del buen éxito de aquella campaña aventurera; resolvieron igualmente los aliados continuar el sitio y obtener un triunfo cualquiera para retirarse sin deshonra; y aunque la jornada de 8 de setiembre inspiró de pronto la esperanza de conseguir mayores ventajas, es positivo que los gabinetes de Paris y de Londres se sintieron amedrentados por las circunstancias mismas de su triunfo, y aprovecharon últimamente aquel dia de gloria para declarar satisfecho el honor de sus banderas, siendo por consiguiente muy probable que en esta reconocida imposibilidad de pasar adelante consista la verdadera causa de la inacción casi completa á que se han visto condenados los vencedores desde el asalto de 8 de setiembre hasta el dia de la conclusion de la paz. Finalmente, mientras el vulgo de los publicistas creia que la destruccion de Sebastopol allanaba la mayor parte de las dificultades, mientras la *Prensa* de Viena suponía que despues de la caida de aquella fortaleza, Rusia estaria mas dispuesta que antes á entrar en negociaciones, los gobiernos occidentales estaban calculando la inmensa estension del peligro en que acababa de colocarlos precisamente la misma victoria de 8 de setiembre, y andaban escogitando los medios de obtener del gabinete de San Petersburgo algunas concesiones, pero sin grandes esperanzas de conseguirlo, porque, como la antigua Roma, nunca negoció Rusia despues de una derrota.

Tal fué el resultado de los gigantescos esfuerzos que estuvieron haciendo por espacio de once meses las naciones aliadas para derribar enteramente el pedestal de la pujanza rusa en el mar Negro. Calculóse que los ochocientos cañones de los sitiadores habian hecho un millon y seiscientos mil disparos, que los caminos cubiertos que construyeron los aliados en trescientos treinta y seis dias de trinchera abierta, cogian un espacio de mas de veinte leguas ú ochenta kilómetros, que se habian empleado en las diferentes obras del sitio ochenta mil gaviones, sesenta mil faginas y cerca de un millon de sacos de tierra, y que la cantidad de hierro que se habia arrojado contra la ciudad, durante el último período solamente, representaba una suma de veinte y siete millones de libras, á saber, nueve millones verticalmente, y diez y ocho millones en direccion horizontal (1).

El sultan felicitó á los generales en jefe en los términos mas lisongeros, segun se desprende de la siguiente comunicacion que dirigió al general Simpson:

(1) El cálculo relativo al hierro que echaron los aliados contra la plaza es el resultado de los datos particulares; pero los otros son cálculos oficiales que vemos consignados en los partes de los generales Pélissier y Niel.

«General: una brillante victoria alcanzada por un valor heroico acaba de coronar las armas de la alianza. Yo y mi pais os felicitamos á vos y al valiente ejército que la reina mi augusta é íntima aliada ha puesto á vuestras órdenes, como felicito igualmente á nuestros intrépidos aliados los franceses y los sardos. Turquía os queda reconocida como Inglaterra, y os admira como el mundo entero.

»La toma de una plaza cuyo sitio será siempre memorable en los anales militares, es la mas gloriosa recompensa de los heroicos esfuerzos que han hecho desde el principio de la campaña los hijos de estos paises íntimamente unidos.

»Al bendecir sus armas, el Omnipotente ha cifrado en ellas la gloria y el orgullo de su pais.

»Señor general: manifestad estos sentimientos á vuestro valiente ejército.

»El presidente del consejo general de guerra, el general de division Rifaat-bajá, á quien encargo la remision de estas líneas, os comunicará de viva voz los sinceros plácemes que os dirijo á vos y á vuestros valientes compañeros de armas.

»Quedo rogando á Dios que os conserve en su santa y digna guarda.

»Palacio de Tcheragan 11 de la luna de moharren de 1272 (23 de setiembre de 1855.)—Al general Simpson, general en jefe de las tropas británicas en Crimea etc.»

En este documento iba tambien una carta que escribió Fuad al mismo Simpson para participarle que el sultan le habia conferido la condecoracion imperial de Medjidíé.

El gobierno francés aprovechó tambien aquella coyuntura para remunerar los servicios de los oficiales que mas se habian distinguido hasta entonces en la expedicion de Crimea. El vicealmirante Bruat fué encumbrado á la dignidad de almirante; el general Pélissier fué nombrado mariscal, y en todas partes se le tributaron desmedidos elogios, habiéndose llegado en Lyon á formar una comision para ofrecerle un *reloj de honor* á nombre del entusiasmo lyonés; y los generales de brigada Vinoy, Bazaine y de Failly fueron promovidos al grado de generales de division; pero la elevacion de las personas recompensadas, que fué muy aplaudida justamente en Francia, no tuvo la misma suerte en Inglaterra, donde los ánimos estaban enconados sobremanera contra el general Simpson, á quien se atribuía el desastre de las tropas británicas en el asalto de la Estrella Mayor. Hemos referido la conducta de este general, que no contentó con haber tolerado la indolencia de sus soldados, que en 8 de setiembre se hallaban aun á ciento y cincuenta ó doscientos metros de la Estrella Mayor, cuando los franceses habian estendido sus aproches hasta el borde mismo de los fosos de la plaza, permaneció ocioso durante el asalto contemplando con indiferencia la ruina de sus tropas, y luego se creyó en la imposibilidad de organizar un nuevo asalto, como confiesa francamente en el parte de 9 de setiembre, «porque las trincheras estaban atestadas de soldados,» mas el gobierno de la Gran Bretaña pasó por alto estos pormenores para saborear el fruto de aquella jornada, y encumbró al teniente general Simpson al grado de general, diciendo que le premiaba por los distinguidos servicios que habia prestado en 8 de setiembre. Esta burla cruel, que de tal podia calificarse, escitó la ira de la mayor parte de los periódicos ingleses, y el *Morning Advertiser* se produjo en los siguientes términos:

«El público habrá visto con indignacion, sino con sorpresa, una de las publicaciones que hizo la *Gaceta* de ayer. Aludimos al decreto que confiere el grado de general á Mr Jaime Simpson «por los distinguidos servicios que prestó en el campo de batalla en 8 de setiembre próximo pasado como por los enérgicos esfuerzos y por las acertadas operaciones que produjeron la caída de Sebastopol.»

»Si esta enormidad no sorprende al público, será porque hace mucho tiempo que el gobierno le ha acostumbrado á no maravillarse de nada; mas en vez de la sorpresa experimentará otro sentimiento, á saber, el de una justa y unánime indignacion. ¡Qué! ¡el hombre que ha deshonrado de una manera tan grave las armas de Inglaterra causando la derrota de nuestro ejército, obtiene en recompensa de su conducta los favores y las distinciones de la corte! y para hacer mas extraordinaria todavía una enormidad semejante, el periódico oficial añade que S. M. le ha otorgado esta gracia «por sus distinguidos servicios en la jornada de 8 de setiembre.»

»Sin duda querrá saber el país cuales son estos servicios tan distinguidos, á qué hora del día y en qué circunstancias se han producido, y siendo esta la primera vez que oimos hablar de semejantes servicios, es muy justa la curiosidad que tenemos de saber á que género pertenecen.

»Grande es y notable la injusticia que han debido cometer los generales franceses con respecto al teniente general Simpson, ocultando la prueba de los extraordinarios talentos militares y de la habilidad que mostró en el ataque de la Estrella; pero tambien es necesario que todos los corresponsales de los periódicos, movidos por un sentimiento inesplicable, se hayan dado la consigna para ocultar igualmente al público el esplendor de la brillante gloria que conquistó en aquella jornada el general inglés.

»Sin embargo ¿de donde puede proceder esta hostilidad? Ya que el país está habituado á creer en las relaciones de los corresponsales cuya imparcial integridad se ha comprobado varias veces ¿porqué debiera engañarse en este caso con respecto al general Simpson? No solamente no se le prodigan elogios, sino que, por lo contrario, se le dirigen numerosos cargos, pues todos los corresponsales le representan sentado en las trincheras, cubierta la cabeza con una tupida capa que le ocultaba el rostro desde el principio al fin del ataque de la Estrella, y esto ha satisfecho al parecer á los amigos del general Simpson y del gobierno, como que califican de servicios distinguidos lo que todos los testigos oculares creen efecto de una incapacidad notoria y escandalosa.»

Poco despues, cuando el gobierno de Inglaterra se creyó forzado á condescender con los clamores de la prensa destituyendo al general Simpson y nombrando en su lugar al general Codrington, el *Times* decia lo siguiente:

«Por fin despues de una larga perplejidad parece que sea por dimision, sea por destitucion, sea por otro medio cualquiera, el general Simpson ha sido exonerado del mando del ejército inglés en Oriente, y que al mismo tiempo el ejército ha sido exonerado del mando del general Simpson.

»Asegúrase tambien que el próximo número de la *Gaceta* nos traerá nombramientos de un carácter extraordinariamente juvenil, pero siendo este un exceso de satisfaccion, no queremos alegrarnos hasta que la noticia sea de una evidencia incontestable y oficial, pues aun tememos que, por lo contrario, los nombramientos ofrezcan un carácter muy diferente. Lord Raglan no era ciertamente joven, pero sabia montar á caballo, y por esto le sucedió un general de la misma edad que no podia permanecer montado por sus achaques físicos. Si debiese prevalecer el mismo sistema, creríamos que el general Simpson no es aun bastante achacoso para el servicio activo, y que por consiguiente se echará mano de alguno de los mariscales recién nombrados (1), que son de una decrepitud á toda prueba.

(1) Los generales Cambermese, Hardinge y Strafford.

»Contentémonos sin embargo, con regocijarnos por la buena noticia que se nos ha dado, y no emponzoñemos esta satisfaccion con amargos presentimientos. Creamos que no recaerá la eleccion en favor de ninguno de los recientes mariscales; esperemos, ya que hay campo para esperar, que el sucesor del general Simpson sea un hombre de cuerpo robusto, sano de espíritu, capaz de ver por sus propios ojos, tocar con sus manos, resistir á las impertinentes demandas de los que desean sustraerse á las peligrosas obligaciones del servicio para dedicarse impunemente á sus gustos personales, y finalmente capaz de referir en buen inglés sus propias hazañas y las de su ejército. Este último punto es acaso el mas difícil, y no seria extraño que nos viésemos obligados á imitar á los habitantes de la Nueva-Zelandia, que siempre tienen dos generales, á saber, uno para batirse y otro para referir la batalla, un Aquiles y un Nestor, un Ajax y un Homero.

»Confesamos francamente que es mucha la satisfaccion con que sabemos de una manera positiva que el general Simpson se retira, mas no queremos mostrarnos demasiado severos, aunque difícilmente se hallaria otro hombre capaz de demoler de una manera mas completa su reputacion en pocas semanas.

»El general Simpson asaltó la Estrella en las mismísimas condiciones en que tuvo lugar el asalto de 18 de junio. Si verdaderamente deseaba apoderarse de la obra, no puede perdonársele que no haya estendido mas sus aproches, que no haya proporcionado á las tropas el medio de atravesar el foso, que no haya empleado en el asalto los regimientos mas aguerridos y que no haya sostenido á los soldados con reservas eficaces. El mismo parte donde afirma la existencia de estas reservas es un cargo irrecusable contra él.

»Si, como se supone neciamente para defenderle, el general Simpson no se había propuesto apoderarse de la Estrella, sino tan solo divertir al enemigo por medio de un ataque simulado, tenemos derecho á preguntar cómo es posible que un general inglés haya aceptado para sus tropas un servicio semejante, ó porque no insistió en encargar el simulado ataque á destacamentos de todos los cuerpos de ejército reunidos, para que todos compartieran la gloria y el peligro. Además, si el ataque era una simple ficcion ¿no podia hacerse tal vez á menor costa? ¿qué necesidad habia de perder mayor número de soldados que se necesitaron para triunfar en Alma y en Inkerman? Sir Tomas Picton fué censurado por haber perdido quinientos hombres convirtiendo una ficcion en un ataque serio, mas en el asalto de la Estrella hemos perdido cuatro veces quinientos hombres con una profusion inesplicable.»

Poco antes el mismo periódico habia dicho lo siguiente:

«Si no estamos mal informados, el gobierno no sabe que partido tomar en este punto; pero la cuestion no puede ser dudosa. El general Simpson merece que se le destituya, porque el ejército que manda ha sido batido por su incapacidad. Hemos leído, y con nosotros todo el país, el parte que ha remitido sobre aquella jornada, pero este parte está en desacuerdo en todos los puntos con las correspondencias particulares de los periódicos. ¿De dónde procede esta divergencia? Solo una respuesta hay posible: ó el general Simpson ignora lo que pasó, ó ha querido engañar al país; pero nosotros nos sentimos mas inclinados á creer lo primero, pues ¿cómo podia saber lo que sucedió en la Estrella, cuando se hallaba sentado en una trinchera, embozado en su capa hasta los ojos para librarse del viento y del polvo?

»No queremos agravar los pormenores de aquella jornada, pues harto la conocen nuestros lectores.

»Ninguna duda cabe sobre el sentimiento que reina entre las tropas. Tanto los oficiales como